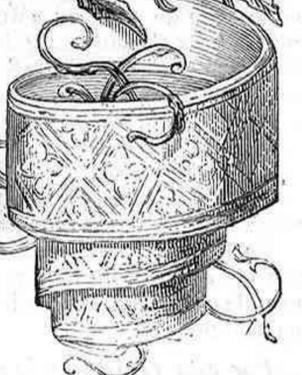
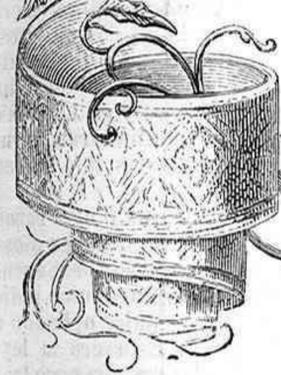




EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 38. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 18 DE SETIEMBRE DE 1864. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



La larga cola de un cometa dicen que veremos pronto; mas para ver colas es lo cierto que no necesitamos que vengan cometas. No hay sino salir por esas calles de Dios, y veremos colas de todos géneros y de todas clases. Cada mujer es hoy día un cometa de larga cola, que necesita para moverse holgadamente una órbita mayor que la de la tierra. El satélite que tiene la desgracia de atravesar la órbita de tales cometas, está espuesto á una destruccion total

si llega á pisar la cola. ¿Pues qué diremos cuando esa cola se recoge hácia el núcleo del astro luminoso y deja ver en su lugar unas ráfagas blancas con cuadrados oscuros, vulgo miriñaque de jaula, especie de cepos en que caen y se hunden los pies del cuitado que se aproxima? Con estas invenciones el que vá por la calle necesita poner primero la vista donde haya de poner luego los pies, si no quiere verse arrastrado por la cola de uno de esos cometas callejeros. No solamente los trages de las mujeres tienen y traen cola, sino que la traen y la tienen los acontecimientos, los sucesos, los dias y hasta los establecimientos públicos. A veces la cola es mucho mayor que el suceso ó que el establecimiento, y en ocasiones solo llama la atencion la primera, relegándose al olvido por su insignificancia el segundo. Si me toca la lotería, dice un padre á sus hijos, nos hemos de ir á merendar al Vivero un cochinito con setas: tócale la lotería, compra las setas y el cochinito; merienda con toda la familia, y al otro dia mueren todos. Las setas eran

hongos venenosos. Vean ustedes la cola que suele traer el tocarle á uno la lotería. Está un negociante en su despacho contando billetes de Banco, cuando le avisan que ha llegado el barbero para afeitarse. Sale al gabinete y se afeita: entre tanto su hijo de tres años se pone á jugar con los billetes, y rompe uno en mil pedazos: acude el padre; ve la mala labor del hijo, le pega un cachete; el niño cae; da con la sien en una banqueta, y queda muerto en el acto. A las exclamaciones del padre acude la madre, dejando en el baño á una niña de año y medio; la niña cae al agua y se ahoga. Vuelve la madre, encuentra ahogada su hija, y el dolor la mata; acude entonces el padre, y en presencia de aquellos tres cadáveres su juicio se trastorna, toma una pistola y se suicida. Si el barbero hubiera tardado media hora en llamar, nada de esto hubiera sucedido. Los dias de San Napoleon este año nos han traído tambien, no ya una cola, sino muchas: á no haber sido por ellos no se hubiera inaugurado tan pronto el ferro-carril del Norte, ni hubiera habido viajes de recreo de Madrid á París y de París á Madrid, ni se verian por esas calles tantos vestidos nuevos de cola, ni repararíamos en tanto napoleoncillo como nos va saliendo al revolver de cada esquina.

Pero de todas las colas que se han observado estos dias, la mas notable y de proporciones mas visibles, es la del Banco de España. ¿En qué consiste que sin motivo aparente, de cuando en cuando le sale á este establecimiento el apéndice de que hablamos en la parte posterior de su casa? ¿Se encuentra en mala situacion el Banco? ¿Hay desconfianza respecto de sus billetes? ¿Se teme que se rompa algun día ó que le falte algun pie? Nada de eso. La crisis del Banco, esa crisis que se reproduce periódicamente en España, y que no se parece á la de otros países, consiste, principal y casi exclusivamente, en la buena ley de nuestra moneda, comparada con las extranjeras. A esta causa primordial se agregan otras secundarias. El ser bueno en este pícaro mundo suele traer contratiempos; muchas veces no sirve mas que para que á uno le roben, ó se le lleven, ó le esploten. Nuestra moneda es de ley superior: llega á ser objeto de mercancía y género de esportacion: se esporta y no vuelve. El Banco trae á fuerza de gastos barras de oro y plata, las manda acuñar, se acuñan, vienen los capitalistas que hacen este negocio, cogen la moneda acuñada y se la vuelven á llevar. Y vuelta á traer pastas y la Casa de Moneda á ponerles la

buena ley, el busto y las armas de España, y los especuladores á llevarse la moneda.

Agréguese á esto que la Casa de Moneda no puede dar abasto á la acuñacion. Cuando acuña pesetas no puede acuñar oro, y cuando acuña oro, la plata se nos queda á buenas noches.

Agréguese que en España no hay quien traiga barras mas que el Banco; que el Banco está ligado con el gobierno; que el gobierno le toma el dinero y le da letras sobre las provincias; que las provincias han enviado aquí ya comisionados que toman billetes, los cambian en el Banco, y luego entregan al establecimiento el mismo dinero que éste les ha dado. Es decir, que casi todo el dinero que circula en toda España es el que trae y proporciona el Banco. Y mientras esto sucede, ¿qué pasa con los billetes? Que no se reciben como metálico sino en Madrid; que á diez leguas de la capital ya no se puede dar un billete ni aun en casa de los comisionados del Banco. Todas estas cosas, ¿cómo no han de producir cola y larga?

Por lo dicho se observará que el remedio mas radical para cortar la tal cola es poner la ley de nuestra moneda en proporcion con la de los extranjeros: acuñarla tan mala como ellos, ó si se quiere peor, y hacer que los billetes del Banco de España justifiquen su nombre, teniendo circulacion en toda la península. Mientras esto no se haga no habrá esperanza de que la cola del Banco desaparezca de un modo definitivo; y el día en que la Europa entre en una verdadera crisis mercantil, á la cual podrá conducirla la guerra de América, los resultados para nosotros podrán ser funestísimos.

Y no dirán ustedes que es floja la cola que nos ha traído y puede traernos aun la guerra de América. Allí sí que puede decirse que falta la cola por desollar. No obstante que los americanos se han quitado ya la piel mutuamente, queda aun esa cola que se estiende por toda la Europa y que está causando tantas víctimas en los distritos fabriles. En Cataluña, por ejemplo, la falta y por tanto la gran carestía de algodón, tiene paralizados millares de brazos, cerradas multitud de fábricas y á punto de cerrarse otras. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Como los males que producen estas grandes crisis no admiten espera, y los remedios eficaces para curarlos son lentos y exigen tiempo, de aquí la grave dificultad social que presentan todos los centros y agrupamientos industriales cuando el ramo de industria á que se dedican no tiene raices en el país. En nuestras pro-

vincias de Andalucía y Murcia se da perfectamente el algodón: en Cuba, Puerto-Rico, Filipinas, Fernando Pó se da aun mucho mejor. ¿Por qué no se han hecho ya grandes cultivos como han hecho los franceses en Argel? Esta crisis algodonera creemos nosotros que trae mas cola de la que hasta ahora presenta, y si no, el tiempo lo dirá. Duérmense ustedes en las pajas y verán al primer cohete lo que les sucede.

Entre tanto vamos viviendo. Ha llegado á Madrid la Matilde Diez, que como todo el mundo sabe, es primera actriz del teatro del Príncipe. Este teatro, según refieren los que están al cabo de sus asuntos, comenzará la temporada con una comedia del teatro antiguo. La idea nos parece buena: la ejecución y realización de esa idea es la que deseamos que sea tan perfecta como merece la bondad de las intenciones.

En el teatro de la calle de Jovellanos se ha representado en esta semana una comedia nueva en cuatro actos titulada *Don Felipe*. Es un arreglo del francés hecho por el señor Retes. El público lo recibió con aplauso y llamó al arreglador á la escena. En la ejecución se distinguieron Guerra, Mario, Arderius y Calvo. La Tenorio y Cubero contribuyeron al buen éxito del conjunto.

En el Circo se han estrenado dos zarzuelas, ambas en un acto, la una titulada *Rescate y Esclavitud*, y la otra denominada *Batalla de Amor*. En el título de *Rescate y Esclavitud* parecemos que se comete una figura retórica muy poco usada, que solo una vez cometió Virgilio, y de la cual se guardaron los demás poetas clásicos. Consiste esa figura en decir antes lo que no pudo menos de suceder despues. «Muramos, decía Eneas viendo arder á Troya, muramos y precipitémonos entre las armas de los eneimgos.» Del mismo modo en la guerra de la Independencia, cuando Madrid se defendió tres días contra Napoleon, decía un héroe popular apostado con su gente en la calle de Atocha: «Muchachos, aquí hasta verter la última gota de sangre; y despues por el pasadizo de San Sebastian á la plazuela de Santa Ana.» No diremos mas de esta produccion por no cometer una *isteron proteron*. En cuanto á la *Batalla de Amor*, tiene un diálogo sostenido y chistes de dos bemoles. Nosotros habríamos deseado mas bemoles en el diálogo y mas sostenidos en los chistes. Los autores señores Rivera ó Inzenga fueron llamados á la escena, pero solo se presentó el último.

En los Campos ha continuado el *Fausto* siempre con grande éxito, y en el circo de Price la pantomima de grande espectáculo titulada *Mazepa* ha encontrado buena acogida.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LOS LIBROS EN EL SIGLO XIII.

Es un error muy general el creer que si los libros eran raros y costosos en la edad media, se debía exclusivamente á que la imprenta no se había descubierto aun y á que habiendo cesado la esclavitud se carecía de una multitud de brazos que antes estaban dedicados á ciertos trabajos; pero la principal causa de esto era la ignorancia y la apatía del público para todos ramos de la literatura que hacían que los pedidos de libros fueran sumamente escasos, dando lugar de este modo á que su produccion costase mucho y á que el arte de hacerlos estuviera en muy pocas manos. En aquellos tiempos únicamente el clero sabía leer y escribir, y aun éste no siempre podía jactarse de semejantes conocimientos. La ignorancia de muchos individuos del clero inferior puede calcularse por una anécdota y un decreto que pertenecen á aquella época. La anécdota se halla en las epístolas de Bonifacio donde se lee, que el papa Zacarías se quejaba de que había oído á un sacerdote en Baviera que bautizó á un niño diciendo: «*In nomine Patria et Filia et Spiritus Sancti!*» lo cual prueba que apenas sabía las cosas relativas á las ceremonias de la Iglesia, y que ignoraba completamente la gramática latina. El decreto á que aludimos es uno del Concilio de Toledo que prohíbe que se ordene á ningún sacerdote que no sepa leer los salmos y que no tenga algun conocimiento de las ceremonias de la Iglesia. Si tal era la cultura del clero, debemos suponer que los demás se hallaban en una ignorancia completa y los eruditos Benedictinos nos afirman, que durante los siglos X y XI era raro encontrar un seglar en Francia que supiera leer y escribir. Por espacio de mucho tiempo el nombre de sacerdote fue sinónimo de persona que sabía leer y escribir; entre los reyes mismos había muy pocos que supieran firmar su nombre. Las series de los autógrafos de los reyes de Inglaterra empiezan con Ricardo II.

Para un público tal, los libros no tenían interés ninguno; solo en la Iglesia y en el círculo sumamente reducido de los legistas y de los doctores, era donde la literatura tenía alguna existencia. La Iglesia estaba obligada á conservar alguna cultura aunque escasa, y los frailes eran copistas, tanto por necesidad, como por inclinacion. Los manuscritos eran magníficos y estaban bien hechos, lo cual se debía en parte á que el pergamino en que escribían era costoso y en parte tambien

á que este trabajo se hacia poco á poco y á decir verdad sin mucho estímulo. Cualquiera que haya echado una mirada sobre los manuscritos iluminados que se conservan aun en la actualidad en algunas bibliotecas, comprenderá el sarcasmo de Odofredi, jurisconsulto de Bolonia del siglo XIII, el cual dijo que los que escribían no eran ya escribientes sino pintores. Sin embargo, pronto se estableció una division en esta clase de trabajos y unos se dedicaron á dibujar y adornar las iniciales y los finales y otros á escribir el resto. En algunos manuscritos antiguos se encuentran los huecos que dejaron para el que había de iluminarlos y que han quedado sin llenar. Este lujo de adornar los libros no estaba limitado á las Biblias y á los misales; aun los libros de jurisprudencia que ahora son tan sencillos, eran entonces magníficos; y un escritor del siglo XII se queja de que en Paris, el profesor de jurisprudencia pedía dos ó tres pupitres para sostener su soberbia copia de Ulpiano con letras doradas.

Así, pues, cuando leemos como sucede con frecuencia que se citan las cantidades enormes que se pagaban por los libros en la edad media, debemos tener en cuenta que estos precios representan los que se pagan en nuestros días por obras de arte ó de lujo. Con respecto al coste que tenía entonces cualquier manuscrito que no era mas que una mera copia de alguna obra antigua ó contemporánea, tenemos noticias bastante exactas, pues la cantidad, se halla citada frecuentemente en la misma obra. Los precios variaban según la estension, la fecha, la rareza y lo comun del original. Kirchhoff en su erudita obra acerca de los tratantes en manuscritos de la edad media, ha dado una larga lista de los precios pagados por varios manuscritos. En general una obra se copiaba entonces á una cantidad fijada por folio.

En un principio no se vendían los libros; en varios monasterios, los frailes estaban ocupados en copiar obras y estas copias se cambiaban por otras ó se enviaban á algunos puntos como regalos; poco á poco se fue haciendo una especie de comercio y cuando se fundaron las Universidades, los pedidos que hacían los estudiantes y los profesores, fueron causa de que hubiera una actividad mayor, y para poder satisfacer á estos pedidos se formó una clase bastante numerosa de copistas. La invencion del papel, que en el siglo XIII se hizo de uso general, fue de grande importancia, porque no solamente reemplazó al pergamino, que era caro, y dió lugar á que las copias se hicieran á un precio comparativamente insignificante, sino que puso término á la destruccion de los manuscritos antiguos, destruccion hecha por la ignorancia ó la avaricia de los frailes que vendían á veces obras de mérito como mero pergamino ó borbaban las producciones de los grandes pensadores griegos y romanos para escribir cosas que no tenían valor alguno. Benvenuto de Imola, en sus comentarios de la Divina Comedia citados por Muratori, refiere que Boccaccio, su maestro, le había hablado por esperiencia propia del célebre monasterio de Monte Casino, uno de los que se fundaron en tiempos mas antiguos y que tenía una gran reputacion por sus riquezas de la literatura clásica, y le había dicho que cuando quiso ver la biblioteca halló que no era mas que una especie de boardilla. Preguntando entonces por qué estaban mutiladas tantas obras de gran mérito como veía por allí, le dijeron que cuando los frailes necesitaban algun dinero, arrancaban una hoja, borbaban lo escrito y lo reemplazaban por un salmo. De este modo se destruyeron muchas obras que en el día serian inapreciables.

Luego que el papel se hizo de uso general y hubo un pequeño público de estudiantes ¿cuál fue la posicion de los libreros? A decir verdad muy distinta de la que tienen en nuestros días, aun cuando en algunos países se conservan todavia ciertos vestigios de su antigua condicion. Los libreros no eran al principio mas que hombres que prestaban libros y difícilmente se los podría llamar libreros; vendían tambien libros, pero no del mismo modo que en el día y eran llamados *stationarii*, lo que parece significar libreros ó vendedores de papel; este nombre se conserva aun en el de *Stationer's Hall*, el gran centro de las publicaciones en Londres. No se sabe con certeza por qué se los llamaba así. Crevier, en su Historia de la Universidad de Paris, dice que uno de los significados de la palabra latina *statio*, es almacen, lugar de depósito, y añade que los libreros en aquel tiempo no hacían casi mas que ofrecer un lugar de depósito á donde los particulares podían enviar sus manuscritos para la venta. Kirchhoff dice que *stationarii*, quiere decir libreros con residencia fija, como para distinguirlos de los vendedores ambulantes. El hecho de que en aquella época á los vendedores de drogas se los llamaba tambien *stationarii*, parece arrojar alguna luz sobre esta materia. ¿Se habrá de tener en cuenta para esto la costumbre que ha habido en varios países y que aun existe en algunos puntos de vender el papel en las mismas tiendas en que se venden ciertas drogas y hasta las especias?

Se sabe tambien que los *stationarii* no solamente prestaban libros, sino que además servían de agentes comisionados para la venta de los que otras personas depositaban en su casa, pero ¿qué comision! Imagínese qué comision sería estando limitada al uno ó dos por

ciento en negocios muy escasos y por muy pequeñas cantidades; añadiendo además que estaba prohibido por la ley á todo librero el comprar cualquier obra que otro había depositado en su casa para la venta y estando tambien prohibido que cualquier otro la comprara para el librero que la tenía, á menos que no hubiera estado en su casa por espacio de un mes; porque estos no eran ciertamente los días de la libertad ni menos aun los del libre tráfico.

En todo comercio ó tráfico, en toda profesion, intervinia celosamente la mano dura, y á veces no inteligente, del gobierno; se suponía que nadie entendía sus propios intereses tan bien como el paternal gobierno. Se creía que nadie era capaz de dirigir sus asuntos sin el auxilio de los que no tenían interés en ellos. Los libreros estaban bajo la inspeccion de las universidades, y en 1275 la de Paris publicó un estatuto que obligaba á cada librero á prestar el juramento de fidelidad una vez al año y á hacer otras varias cosas que en el día hubieran producido un disgusto casi igual á un levantamiento. Los libreros estaban obligados á presentar los libros anunciando á la vez el título y el precio. Si se presentaba un comprador, el precio del libro no se entregaba al librero que no podía hacer mas que presenciar cómo se le pagaba al dueño y recibir al mismo tiempo el importe de su comision. Si el librero cuyas operaciones eran tan limitadas se hacia culpado de algun fraude ó de contravencion á los estatutos, tenía que pagar una crecida multa siendo además privado de su oficio y se prohibía á todos los maestros y estudiantes que tratasen con él bajo la pena de perder sus privilegios.

En 1292 la corporacion de libreros de Paris se componía de veinte y cuatro copistas, diez y siete encuadernadores, diez y nueve vendedores de pergaminos, trece iluminadores, y ocho vendedores de manuscritos solamente. En 1323 el número de *stationarii* y libreros era de veinte y nueve, entre los cuales había dos mujeres; desde esta época las mujeres han continuado figurando en Francia como impresoras y librerías, lo cual no se ha visto en Inglaterra hasta hace pocos años y en España é Italia solo se ha visto en general que continuaran, siendo viudas, al frente de los establecimientos que habían tenido sus maridos.

A los judíos les estaba prohibido por una ú otra razon el vender libros aunque tampoco parecen haber mostrado una aficion muy marcada á dedicarse á esta agencia de la literatura; en el siglo XIII, si cualquier judío tenía que vender algun manuscrito, estaba obligado á servirse de un librero para la venta. Esta era la ley; pero es inútil decir que á los judíos les costaba poco trabajo el evadirse de ella.

Además de los libreros *stationarii*, Paris tenía algunos libreros ambulantes que no dependían de la universidad, pero que no se hallaban completamente libres de su inspeccion, como lo prueba por ejemplo, la orden que les prohibía vender obra alguna á un precio mayor de diez sueldos (prueba evidente de que no todos los libros estaban fuera del alcance de las gentes de pocos recursos) y la que les negaba el derecho de vender en tiendas, permitiéndoseles únicamente que pusieran sus mercancías al aire libre. Aun en el día es fácil reconocer á los descendientes de estos libreros ambulantes. ¿Se podrá pasar una mañana viendo los volúmenes colocados á lo largo de los parapetos de los muelles de Paris ó sobre los bancos que hay cerca del palacio Riccardi en la Via Larga de Florencia, ó en la plaza del Panteon de Roma, sin pensar en la edad media? Al considerar los vendedores de estampas y libreros antiguos que se encuentran á veces en Oxford, Street ó en otros puntos de Londres, ¿no se ven en ellos los descendientes en línea recta del antiguo librero ambulante de Paris? Los puestos de libros viejos que se ven con frecuencia en Madrid, no tienen el color característico que distingue á los puntos que hemos citado; algunos puestos de libros ya antiguos y á veces raros, que se encuentran en otras ciudades de España, hacen recordar mucho mas á los libreros ambulantes de otro tiempo.

En Bolonia los libreros estaban obligados á tener cierta instruccion que los hiciera capaces de cuidar de la correccion de los manuscritos que prestaban. Una fuerte multa por cada correccion redoblabá su vigilancia. En las ciudades que tenían universidad, la venta de libros podría ser escasa, pero había una grande actividad en cuanto á prestarlos. Cada libro estaba dividido en partes regulares, llamadas *petiis* ó folios y se había fijado el precio que debía exigirse por cada una de estas partes al prestar el libro. El precio en general era sumamente bajo, en algunos era mas alto y en otros, aunque pocos, era verdaderamente caro. Así, pues, mientras los libros ordinarios de enseñanza eran accesibles aun á los estudiantes pobres, las obras de valor no podían leerse mas que pagando cantidades que estaban al alcance de pocas personas. El conocimiento de esto fue lo que indujo á un arciano de Canterbury á dejar en su testamento todas sus obras teológicas al canciller de una iglesia de Paris que era tambien su librero, con la espresa condicion de que había de prestarlas gratuitamente á los estudiantes pobres.

Se puede conocer cuán pocas veces se compraban los libros, por lo que dice Savigny de que en el siglo XIII las bibliotecas de algunos juriscultas eminentes no

contaban mas que cuatro ó seis libros. Y como si fuera con el objeto de conservar muy bajo este comercio, la universidad prohibió á todo librero vender ó dar libros á otra universidad, como prohibió igualmente á todos ellos el poner un precio mas alto á los libros que el que se habia fijado anteriormente. A los mismos estudiantes les estaba prohibido sacar libro alguno de la ciudad á menos de no tener un permiso espreso para ello. En París estaba prohibido vender ningun libro sin licencia de la universidad, «con el fin, decia Crevier, de que se tomen medidas para no impedir por una parte la ganancia del librero, y por la otra, hacer de modo que la universidad no esté privada del uso de un ejemplar que puede serle útil.»

A los estudiantes les estaba permitido sacar copias de obras con tal que estas copias fueran para ellos mismos y siempre que dejaran una fianza suficiente al librero, pero esto era un lujo de que gozaban pocos estudiantes.

Aun cuando estas medidas proteccionistas pueden haber servido de embarazo al comercio de la literatura, el principal obstáculo estaba en la apatía del público en general. Apenas se pedia un libro cuando se hallaban los medios de satisfacer esta demanda. Si el público hubiera necesitado literatura, los copistas hubieran sido tan numerosos como son hoy los jardineros. A mediados del siglo XIV, cuando la fermentación intelectual empezó á manifestarse habia en Milan, cuarenta escribientes de profesion, número desde luego considerable para una sola poblacion, atendido el estado en que se hallaba entonces la sociedad. Por aquel tiempo llegó á hacerse de moda el poseer manuscritos. Felipe de Borgoña, dice su secretario, sostenia tantos escribientes como los romanos. «Para tener una biblioteca no semejante á todas,» dice Aubert, desde que era jóven ha tenido á sueldo muchos traductores, grandes escribientes, oradores espertos, historiadores y escritores, trabajando en gran número y con mucha diligencia en diversos paises.» La costumbre de copiar continuó mucho tiempo despues de la invención de la imprenta, habiéndose llegado á hacer copias hasta de los libros impresos. Las obras griegas siguieron copiándose hasta el siglo XVI, época en la que los trabajos de Aldus, Froben y Estienne establecieron por fin la supremacía de la imprenta.

A.

HERNAN MARTIN DE SAN CLEMENTE.

Entre el polvo de sus archivos, guarda la noble ciudad de Soria sucesos desconocidos por la mayoría de los habitantes de aquella localidad, y que nosotros nos hemos propuesto ir desenterrando de la polilla que los consume. En el derruido convento cuyos escombros ocultan los sepulcros del maestro Tirso de Molina y de algun otro ilustre personaje, existe tambien el del malogrado jefe de los San Clementes, sobre cuya desgraciada muerte hemos levantado la siguiente

TRADICION.

I.

Corria el año de 1263... Castilla, gobernada á la sazón por aquel rey á quien la posteridad ha conocido con el renombre de *Sabio*, entraba en un período de su vida social del que irremediablemente habia de nacer la edad moderna.

Aparentando olvidar que su necesidad mas apremiante era el lograr la espulsion completa de los moros que aun no se habian dejado arrancar las provincias del Mediodía, y aplazando la reconquista material, el rey Alfonso trabajaba por organizar y constituir política y civilmente su reino.

Castilla, por lo tanto, se concentraba en sí misma, y su vida era toda interior. La nobleza, llegando á ser poderosa, se habia hecho tambien insolente, desde que el rey *Sabio*, siguiendo opuesta marcha á la que su padre San Fernando habia llevado con los orgullosos magnates y queriendo hacer de estos afectos amigos y buenos servidores, hubo de concederles mayores prerogativas. Poco importaba, entonces, á los altivos señores, dueños de villas y fortalezas, hacer frente á su señor natural, si sus demasías ó desafueros con los pueblos no eran del agrado del soberano.

A esta clase de nobles turbulentos, pertenecia el altanero Juan de Luna que en aquel año guardaba en nombre del rey el castillo de Oria, á cuyo pie se extendia como hoy, la ciudad que por esta causa tomó el nombre de Soria ó So-oría.

Cruel por instinto, y antojadizo como de corazón dañado, el poderoso alcaide, hacia sufrir toda la tiranía de sus malas inclinaciones á los buenos moradores de la ciudad, que ya en mas de una ocasión habian querido poner coto á sus vejaciones injustas.

Entre los que así sostenian sus franquicias se distinguia el noble caballero de la famosa casa de los Doce Linages, Martin de San Clemente, que desempeñaba por entonces en la ciudad el cargo de fiel defensor de sus derechos.

El mal avenido gobernador odiaba con toda su alma al caballero soriano de quien segun de público se decia habia jurado tomar una terrible venganza, por verlo siempre oponerse con valentía á sus escandalosos abusos y desafueros sin los cuales no sabia sobrellevar su soledad en el castillo.

Sabia como todos el esforzado jefe de los San Clementes que su vida peligraba; y sin intimidarse por las amenazas de su poderoso contrario, seguia en su puesto inalterable defendiendo siempre á sus deudos y vecinos de las agresiones de aquel.

Así pasó algun tiempo.

Una tarde llegó á la morada que habitaba el generoso caballero, un mensaje del castillo, en que á pretexto de arreglar diferencias pasadas, invitaba cortesmente el gobernador á Hernan Martin de San Clemente á una entrevista aquella misma noche dentro de la fortaleza.

Vanos fueron los ruegos de la esposa de Hernan á quien éste no pudo ocultar tan inesperado aviso, para disuadir al celoso procurador de la ciudad, de asistir á aquella cita, que no miraba mas que como torpe pretexto para satisfacer un venganza.

El ánimo esforzado del caballero no le dejaba soñar perfidia semejante, y por otro lado, aun caso que la creyese, tenia demasiado impresa en su corazón aquella máxima del Macabeo «mejor nos es morir en la batalla que ver los males y desastres de nuestra gente.»

Respondió, por tanto, tranquilo y confiado al mensajero del incomprendible Luna, que cuando la ciudad descansara tranquila entre los misterios de la noche, él corresponderia cortés á aquella invitación que no creia un lazo preparado á su hidalguía.

A nadie mas confió el valiente caballero la estraña confidencia que se le proponia y la arriesgada resolución que hubo de tomar. Acompañado de su hijo á quien consintió tan solo que le acompañara por complacer á su esposa, que presa de fundados temores, habia pretendido, en vano, que fuese escoltado por alguno de su servidumbre, Hernan Martin, ceñida la espada y envuelto en su tabardo, salió de su casa, cuando en las solitarias calles de la población, no se oía mas ruido que el de la lluvia que impelida por el viento azotaba las negras paredes de los edificios.

II.

La lluvia arreciaba.

Los arroyos corrian por las calles en dirección al Dueño, presurosos como un hijo en busca de su madre.

Pegado á los muros del alcázar donde el renombrado Alfonso el de las Navas, habia visto deslizarse sus primeros años al abrigo de las turbulencias que los nobles levantaron alrededor de su cuna, podia haber observado algun vecino trasnochador de la leal ciudad de Soria, un grupo misterioso resguardado de la lluvia que el vendabal sacudia en dirección contraria.

Aproximándose un poco, podia verse que aquellas personas á juzgar por el traje y las innobles pasiones que sus fisonomías retrataban, pertenecian á aquella clase despreciable de *bravos*, de quien los nobles se servian para los lances poco limpios en que sus personas pudieran comprometerse sin honra alguna.

—Rayo de Dios, decia con voz avinada uno de los foragidos, que al parecer era el capitán de aquella gente. Buena noche ha elegido nuestro noble dueño y señor para trincar al linajudo; á fe que la cama que ha de abrigarlo esta noche no la tiene tan blanda en su caseron de la puerta de Nájera.

—Oye Mala-testa, se oyó á otro de aquellos miserables, si viene acompañada la res, durillo nos va á ser acorrallarla. Bueno seria que la gente se alargara por la pared para tomarle todas las vueltas.

—Tiene razon como en todo maese Burguillos, gruñeron á coro todos los demás.

—Pues como culebras, hijos míos, gritó el jefe, y buen ojo; que si el marrano gruñe antes de abrirle el gargüero, mañana nos cuelgan los sorianos para que nos venteemos, en los altos de Santa Bárbara; los puñales fuera del colete, y al acecho.

Así dispuestos, uno tras otro hasta el número de cuatro, se arrastraron á lo largo del muro aquellos miserables, esperando, sin duda, la ocasión de cometer una de sus acostumbradas fechorías.

Desiertos quedaron entonces, al parecer, aquellos alrededores. En la torre de Santa María la Mayor, tocaban á la queda y aquellas campanadas hallaban ya recogidos en sus casas á todos los vecinos honrados.

A poco, por la bajada del Espino que está frente á la iglesia, se oyeron pasos, y dos bultos negros como la noche, aparecieron en la esquina de la plaza torciendo á la izquierda y alejándose en dirección al castillo.

Dejaban ya á su espalda casi todas las casas de la ciudad cuando al llegar á la muralla del palacio de doña Urraca, se levantaron para echarse sobre ellos los foragidos que sin duda los esperaban.

Uno de los embozados se paró, y sacudiendo la capa que chorreaba el agua á caños, lo mismo que la de su acompañante, le oyeron decir los que estaban apostados.

—Retírate, hijo mio, que no es prudente que vean en el castillo que he necesitado quien me acompañe.

En aquella voz conocieron al esforzado defensor de la ciudad, Martin de San Clemente.

—Señor, contestó el jóven, si he de obedecer á mi madre, que con lágrimas en los ojos, me mandó que no os abandonara hasta que saliérais de la fortaleza, preciso me va á ser desobedecer. Si algun riesgo correis, quiero que mi madre vea que he cumplido su mandato, compartiéndolo con mi noble padre.

Aquellas palabras que eran los deseos de dos personas á quienes tanto amaba, enternecieron al anciano.

—Está bien, acepto tu ayuda le contestó á su hijo: yo diré al gobernador que mis achaques me impiden en noches tan tormentosas, el salir solo por esas calles encarcadas. Pero apresuremos el paso, que la fortaleza está cerca, y no son el sitio y la hora lo mas á propósito para departir cuestiones aunque sean amigables.

Un ¡ay! con el que exhaló el alma al desgraciado Hernan, interrumpió el paso del hijo, que al ver caer á su padre en tierra, no tuvo tiempo para ver los asesinos que le rodeaban; y echándose sobre él con la velocidad del pensamiento vino á clavarse en el corazón la daga que penetrando por las espaldas del padre habia atravesado su cuerpo de parte á parte.

Los miserables asesinos se habian acercado cautelosamente á las desprevenidas víctimas, y al observar el estupor del que tan traidoramente habia atravesado por la espalda al ilustre Hernan Martin, exclamó uno de ellos con feroz y salvaje alegría.

—Lucifer te lo pague; ¡qué estocada mas doble! por San Humberto que no se da en toda Castilla.

El cobarde matador de los San Clementes, así que hubo vuelto en sí de su sorpresa, señaló con el dedo á cada uno de sus cómplices la dirección que habian de tomar, y luego él solo, encaminóse hácia el castillo murmurando:

—Diré á mi noble dueño y señor, que no se moleste en esperar á su enemigo.

El padre y el hijo quedaban muertos y abrazados entre el agua y el barro que se amasaba con su sangre.

CONCLUSION.

Aun no habia amanecido y ya la alevosa muerte dada al respetado procurador y á su hijo, habia cundido por la ciudad, como la llama que se propaga velozmente en una gasa delicada.

Aunque al principio todos eran comentarios mas ó menos aventurados respecto á la muerte de los infortunados nobles, y á pesar de no conocer los incidentes que habian preparado aquel desastroso drama, bien conocian todos que el golpe no podia venir de otro alguno que no fuera el odiado gobernador del castillo.

Pero así que el pueblo fue noticioso por la desconsolada viuda del suceso, y de que el orgulloso gobernador sin pensar en sincerarse trataba de hacerse fuerte en el castillo, corrió frenético y armado con lo que hallara á mano á asaltar la fortaleza que albergaba al traidor.

Vana fue su tentativa y por algunos dias pudo el bien defendido Juan de Luna resistir el ataque sin riesgo alguno.

Pero lo que no pudieron hacer los esfuerzos aislados de los sorianos á los que no faltaba valor, sin embargo, lo consiguió el infante don Sancho que al saber el horroroso atentado que tanto habia lastimado á la buena ciudad de Soria, acudió con la gente de armas que su padre tenia en el castillo de Gormaz.

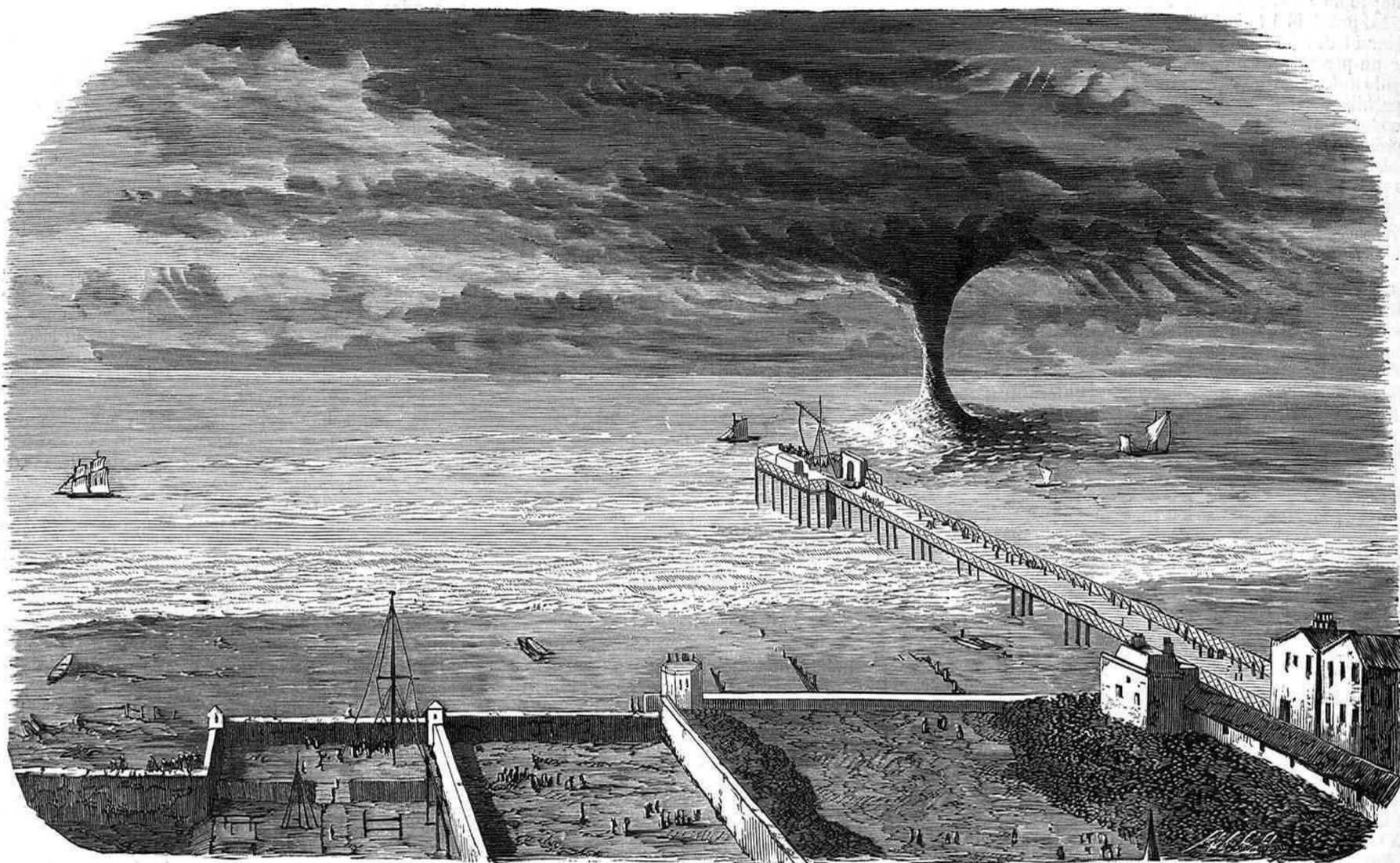
El rebelde vasallo, Juan de Luna, cayó atravesado en el muro de un saelazo, en el cerco que Sancho el Bravo se vió obligado á poner al castillo, y su cabeza clavada en una pica, fue entregada con las llaves de la fortaleza al hijo del rey que tan pronto accedió á vengar á los sorianos.

A. P. RIOJA.

MANGA DE AGUA.

EN BRIGHTON Y WORTHING.

Hace algun tiempo que en un artículo de EL MUSEO se describió el fenómeno de esas mangas de agua que levantan á grande altura inmensas cantidades de la superficie del mar y que son un peligro tan terrible para los que se encuentran á su alcance. Hoy damos la vista de uno de esos fenómenos observado el 21 del pasado mes cerca de Brighton (Inglaterra), por el profesor Piggott, del colegio de Worthing. El profesor Piggott, desde la elevada torre del colegio como desde un observatorio pudo presenciar perfectamente la formación de la manga de agua. La mañana estaba nebulosa, el aire pesado y de tormenta; caia alguna lluvia y se veian de vez en cuando varios relámpagos. El mar á las nueve estaba tranquilo con una ligera brisa del Nordeste; pero á las nueve y cinco minutos las nubes empezaron á moverse en un círculo como de media milla de diámetro, aproximándose gradualmente al centro de este círculo. Despues este centro descendió sobre el mar, disminuyendo en tamaño, hasta que al hallarse á 50 pies de la superficie, volvió á aumentar y se unió con un denso vapor que al mismo tiempo y en forma de cono se elevaba de las aguas. El mar se agitó estraordinariamente en un espacio de 300 pies de circunferencia enviando desde la



MANGA DE AGUA OBSERVADA ENTRE BRIGTON Y WORTHING (INGLATERRA) EL 21 DEL PASADO AGOSTO.

Periferia al centro inmensas olas que arrojaban masas grandísimas de espuma.

De esta manera se formó la manga, la cual se rompió á las nueve y cuarto con una abundantísima lluvia de granizo y piedras, algunas de las cuales, tenían un cuarto de pulgada de diámetro. El fenómeno distaba como unas dos millas de la torre de Worthing. El agua agitada tomó la dirección del Este con una velocidad de cerca de 40 millas por hora, y cuando estuvo en frente de Brighton se formó otra manga de agua aun mucho mas alta que la primera aunque de menor tamaño en la parte superior y de menor duración.

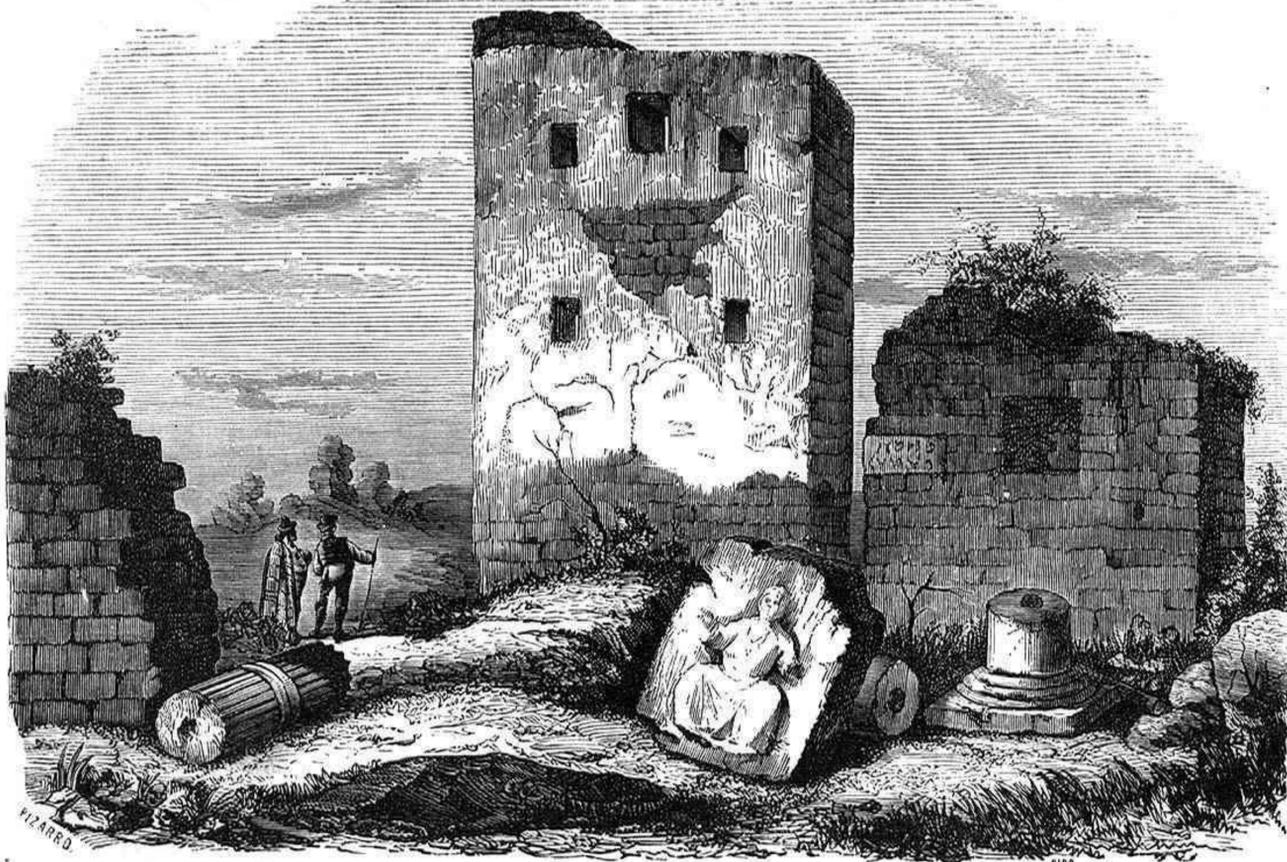
LA AMERICA Y SUS HIJOS.

La América está en pie, dicen todos los periódicos de aquel continente, y sin embargo sería muy conveniente que esta señora se sentase y se ocupase en las labores de su casa, pues no le falta qué hacer.

Con la pasada de mano que dió el almirante Pinzon en el Pacífico, se ha levantado una gritería periodística y pueril que me incita á decir cuatro palabras sobre el estado de aquellos países, para que se tenga algun conocimiento de la verdad.

Todo el mundo conoce las guerras intestinas que ha sostenido aquel continente desde el año 1810 hasta el presente, y al simple exámen de las causas se ve que lo que allí se llama pueblo, que es la *carne de cañon*, es una masa pacífica, reposada, humilde hasta el extremo de dejarse arrastrar al sacrificio, porque el comandante *Tal* y el coronel *Cual*, etc., etc., se lo manda. Por aquí puede comprenderse la *armonía* que puede haber entre su sistema de gobierno y la condicion del pueblo; lo que significa *sufragio universal* con una masa sin pasiones y sin conciencia política, *igualdad ante la ley*, entre cuatro explotadores y un millon de explotados. Inútil es, por lo tanto decir, que aquella prensa está manejada por los cuatro explotadores, ignorando el millon lo que ella significa.

Este exordio nos obliga á tocar un punto delicado, cuyo conocimiento importa mucho á nuestros escritores cuando por apodo llaman á los revoltosos de América *pobres indios*. Hemos recorrido varios puntos de aquel continente y nuestras apreciaciones pueden valer algo.



RESTOS DE LOS ANTIGUOS MONUMENTOS DE CÁSTULO, AGRUPADOS POR UN AMANTE DE LA ARQUEOLOGÍA.

Quando los españoles estendieron sus conquistas por el continente americano, estaba ocupado por diferentes tribus mas ó menos humanas; pero á escepcion de las que ocupaban la parte central, donde se hallaron restos de alguna civilizacion, todas se hallaban en estado salvaje. El espíritu europeo, la energía de los descubridores, y la necesidad de utilizar una vasta extension de terreno inculto, pero privilegiado, hicieron brotar como por encanto un millon de ciudades que ora en ruina, ora en su apogeo, marcan la huella de la civilizacion europea. Como para estos colosales trabajos de colonizacion era preciso valerse de los brazos inactivos de los naturales, el padre Las Casas con un celo exagerado á favor de la clase indígena, aconsejó al gobierno español la introduccion de negros para los trabajos materiales de construccion, cultivo, etc. El gobierno aceptó el consejo y desde entonces empezaron á diseminarse por la América las expediciones de negros de ambos sexos, llevados de la costa de Africa.

En los climas intertropicales fueron hasta cierto punto precisos; pero en la parte del Sur, fueron un mero lujo, y como la raza indígena amaba mas su vida campestre, y las pragmáticas españolas les concedian tantas franquicias, las faenas de los pueblos quedaron encomendadas á los negros, que con el título de esclavos, pasa-

suerte que uno mismo puede servir para diversas aplicaciones.»

Estas palabras del prólogo de los *Proverbios ejemplares* son la base de cuanto pudiera decirse del libro del señor Aguilera. Efectivamente; con sus breves y sencillas novelas, algunas de las cuales forman cuadros de costumbres tan recogidos que se abarcan, por decirlo así, de un solo golpe de vista, ha probado el autor de los *Proverbios*, que estos son la parte mas profundamente subjetiva de nuestro idioma. Los personajes que presenta, su manera de ser, y sobre todo, su modo de decir, muestran además el carácter que es natural y propio, llevando tal sello de nacionalidad, que hace apartar la vista con desden de esos novelistas *afrancesados* que, desnaturalizando nuestra vida, ofrecen en sus obras descripciones de lugares, cosas y personas que apenas tienen el nombre español, aunque los autores llaman á algunas de esas obras *novelas de costumbres francesas*, debieran añadir, y de ese modo colocarían la verdad en su lugar.

Que los proverbios mas vulgares pueden proporcionar elementos para buenos libros de filosofía, prácticamente lo demuestra tambien el autor de los *Proverbios ejemplares*, y no hay sino seguir la accion sencilla de *Al freir será el reir*, en mi concepto el mas interesante y trascendental de todos los que componen las dos series, y se verá con cuánto tino y con cuánta verdad va presentando las terribles consecuencias á que conduce ese afán inmoderado de figurar en la sociedad á mayor altura y con mas brillo que permiten los elementos adquiridos. En tan poco terreno desarrollados, ¡cuánto partido saca del carácter de Isabel, de aquella mujer que, desde que sale por el matrimonio del estado humilde en que ha nacido, no reconoce antagonismo en la sociedad ni perdona medio de elevarse sobre todas, sin pensar en lo terrible del descenso; del carácter de Lozano, marido amante y digno, pero demasiado débil, que accede á los mas perjudiciales caprichos de su mujer, aunque su razon los rechaza, alucinado por el fuego de una mirada ó arrastrado por la dulzura de una frase lisonjera y cariñosa, sin ver claro el abismo á que su debilidad le conduce hasta que su perdicion no tiene remedio; del carácter de don Julian, hombre frio y calculador, aun dentro de sus pasiones, que teje hábil y diabólicamente la red en que se enreda la virtud de una esposa y en que se fragua la desventura de una familia!

Del mismo género que *Al freir será el reir*, son los proverbios titulados *Antes que te cases...* y *Al que al cielo escupe...* Otros tiene menos serios por el asunto y de estilo mas ligero, como *Perro flaco todo es pulgas* y *El gaitero de Bujalance*, en los cuales con verdadera gracia y siempre con la dignidad de un escritor de conciencia, ridiculiza y condena vicios, debilidades y preocupaciones sociales, presentándonos con admirable verdad cuadros que hemos visto fuera del libro, tipos con que hemos tropezado en el mundo, rasgos de carácter, cuya importancia de aplicacion no era bastante conocida.

El señor Aguilera dice, y tiene razon, que el proverbio reúne generalmente, además del sentido directo, otros varios, merced á su espresion metafórica, que á veces forma alegorías completas, resultando que cada proverbio puede servir para distintas aplicaciones. Precisamente en esta verdad se funda la única observacion que el señor Aguilera me permitirá le haga presente con la sinceridad y buena fe de un amigo. Teniendo tan variadas aplicaciones el proverbio, me parece que de alguno la ha hecho demasiado trivial y hasta material y de poca importancia, como sucede en el titulado *Tres al saco...* y en algun otro como en *Hacer de tripas corazon*, la aplicacion pudiera ser de mas alta trascendencia. En estos proverbios, como en los mejores, brilla, sin embargo, la naturalidad y viveza en la descripción, la propiedad y espontaneidad de la frase y ese estilo castizo y fácil que distingue al buen hablista y que debe ser una de las condiciones indispensables del género á que pertenecen los *Proverbios*; porque los proverbios son altamente populares y el pueblo solo entiende lo que se le dice con naturalidad, sencillez y pureza.

Los *Proverbios ejemplares* que, en su mayor parte, han sido publicados por primera vez en EL MUSEO UNIVERSAL, disfrutará del envidiable privilegio de popularidad que pocas obras alcanzan y que es el digno galardón de todas las que hasta hoy ha publicado el autor de los *Ecos nacionales* y de las tiernísimas *Elegías* que llevan por título *El dolor de los dolores*.

III.

El señor don José María de Pereda ha nacido en la Montaña y en ella ha vivido constantemente. Conocedor de las costumbres de la ciudad y de la aldea, rodeado de los cuadros que en su libro de *Escenas montañosas* describe, no se le puede negar en este punto la competencia para emprender una tarea tan poco vulgar y cuyas dificultades no se superan sin estudio y sin un privilegiado ingenio.

Basta ser hijo de un pais para conocerle; pero no basta ser hijo de un pais para describirle. El señor Pereda es un montañés joven, y ha sorprendido con su

libro á los viejos montañeses. Estos habian presenciado las escenas que Pereda describe, pero no habian podido darse cuenta de ellas hasta que las leyeron, mejor dicho, hasta que volvieron á presenciárselas en las páginas del libro. No puede darse mejor aplauso al señor Pereda ni puede hacerse mayor elogio de su obra, que el aplauso que dan y el elogio que hacen los modestos lectores que, sin echársela de críticos de *alta escuela* y sin mas condiciones que las de saber leer y conocer los asuntos de los cuadros que encierra el libro, esclaman al pasar la vista por sus páginas: «¡Pues es verdad! Esto lo he visto yo.» «Yo he hablado con este granuja.» «Yo conozco á este alcalde.» «¡Qué sencillez, qué naturalidad hay en la descripción de este detalle!» «Por fuerza Pereda ha estado en mi pueblo, porque este tío Nardo y esta tía Nisca son dos retratos de dos vecinos míos.»

Teneis razon, sencillos lectores. Vosotros habeis visto lo que os describe Pereda; habeis hablado con el granuja que os presenta en *El Raquero*, conocéis al alcalde y al tío Merlin de *Suum cuique*, teneis por vecinos á la tía Nisca y al tío Nardo, figuras que se destacan en el cuadro titulado *A las Indias*, en mi concepto, el mas interesante y el de mas trascendencia filosófica de toda la coleccion.

Para lograr ese triunfo, que ingenuamente confesais haber alcanzado el autor de las *Escenas montañosas*, se necesita, amigos míos, un profundo espíritu de observacion, grande retentiva, la viva imaginacion del pintor, el corazon impresionable del poeta. Todas esas facultades tiene el señor Pereda y solo con todas ellas puede escribirse un libro como el suyo. Al frente de este aparece un prólogo escrito como sabe hacerlo el señor don Antonio de Trueba y que, mejor que prólogo, debiera llamarse imparcial juicio crítico de la obra, porque habla en él con una sinceridad y una independencia poco comunes en los prologuistas.

El señor Trueba hace justicia al mérito de la obra, aunque no estoy conforme con algunas de sus apreciaciones. El cuadro titulado *Antaño y ogaño* podrá parecer pesado efectivamente á los que no tienen formado el oído, porque es demasiado largo para carecer como carece enteramente de accion: pero el titulado *Suum cuique* tiene tales condiciones, que á ningún oído, formado ni por formar, puede fatigar su lectura. Sencilla y clara narracion, propiedad y animacion en las descripciones, graciosos contrastes en los caracteres de los personajes, detalles admirables en sus variadas fisonomías, incidentes chistosos en la accion, diálogos llenos de vida y de naturalidad, todas estas cualidades hacen del *Suum cuique* mas que un cuadro, un precioso cuento que encierra muchos y variados cuadros, que van conduciendo agradablemente al lector hasta el final, donde encuentra la correspondiente moraleja del cuento. Trueba estraña la suspicacia de los aldeanos que pinta Pereda y defiende á los de Castilla y Vizcaya. Pero yo opino que los aldeanos de Vizcaya y Castilla, que conozco algo, son tan aldeanos como los de la montaña. Careciendo absolutamente de instruccion, la mas refinada malicia sustituye al saber y de aquí que aparezcan suspicaces, quisquillosos y hasta interesados, muchas veces sin serlo en el fondo.

Tampoco creo que *La Costurera* sea el mas acabado y bello de los cuadros del libro. *La Costurera* es un lindo cuadro, ligero y chispeante y que tiene el mérito de estar encerrado en un constante diálogo, que ni un momento decae en facilidad y gracia. Pero está su belleza y valor á menor altura que los titulados *El Raquero*, *A las Indias* y *La Leva*, que presenta aquellos dos retratos del Tuerto y Tremontorio, llamados con justicia por el señor Trueba el uno *obra maestra* y el otro *obra admirable*, y que tanta y tan notable importancia social y filosófica encierra en su fondo. En lo que estoy enteramente conforme con el señor Trueba es en lo que dice con estas palabras: «Don José María de Pereda, cuyo nombre es hoy poco menos que desconocido en la literatura española, ocupará mañana entre nuestros escritores uno de los puestos mas merecidos y honrosos, porque su libro es uno de los mas bellos que han enriquecido nuestra literatura moderna.»

En EL MUSEO UNIVERSAL no se ha emitido juicio alguno sin la prueba correspondiente. La prueba del mérito de *Los Proverbios ejemplares*, la tuvieron los lectores de EL MUSEO antes; la prueba del mérito de las *Escenas montañosas* la tendrán despues del juicio que aquí emito, pues en los números próximos se publicarán dos ó tres cuadros de los que forman el libro del señor Pereda.

E. BUSTILLO.

Publicamos en este número la vista de la catedral de Lima, cuyo dibujo nos fue remitido por el señor Castro y Ordoñez y acabamos de recibir vistas de las islas Chin-chas y otros dibujos interesantes que publicaremos tan pronto como estén grabados.

El martes de la semana anterior llegaron al Banco siete millones y pico de duros en metálico procedentes de Méjico.

Ya se supondrá que hablamos del Banco de Lóndres. Todo el dia se empleó en trasladar este tesoro á sus bóvedas.

Con el pico de que hemos hablado nos contentaríamos nosotros: es un piquillo de 343,112 duros.

Asi como nosotros dimos en el número pasado la vista del incendio del ferro-carril de Zaragoza, los periódicos franceses é ingleses nos traen en uno de los últimos correos los grabados que representan la catástrofe de Limoges (Francia), donde 2,000 personas han quedado sin asilo, habiéndose incendiado multitud de casas del centro de la ciudad. Limoges tiene 46,000 habitantes y le han costado caros los fuegos artificiales á los cuales se atribuye el incendio.

LA BUENA HIJA.

(CUENTO.)

DEDICADO Á LA SEÑORITA DOÑA CONCHA CARDERERA Y

PONZAN.

Matildina era una niña pequeña, aun no contaba seis años. Hermosa como la inocencia, pura como su edad angelical, morena como una huri del paraíso, con unos dientes de marfil preciosísimos, con unos labios de rosa que siempre estaban sonriendo; graciosa y encantadora como una pintada pajarilla, ligera cual su volador pensamiento, juguetona como un corderillo, y con unos ojos tan negros, tan negros, como los de las cervatillas de la montaña. Y luego, su mamá la vestía tan bien, le ponía los domingos unos trages tan finos y preciosos, bordados de oro y rosa, que Matildina era mas hermosa que la niñez, y tan hermosa como un ángel de Rafael en medio de la gloria de Dios.

Nosotros la hemos visto tantas veces abrazada á su perra Zorina; haciéndole tantas caricias, diciéndole tantas cosas, que el alma se estasiaba hasta llegar á bendecir á Dios, admirando no solo la belleza y la calma angelical de aquella niña, sino el instintivo y profundo cariño de aquella hermosa Zorina, que con una lengüecita tan mona lamia las manecitas de Matildina, pareciendo que le decía con sus espresivos ojos: ¡qué felices somos!

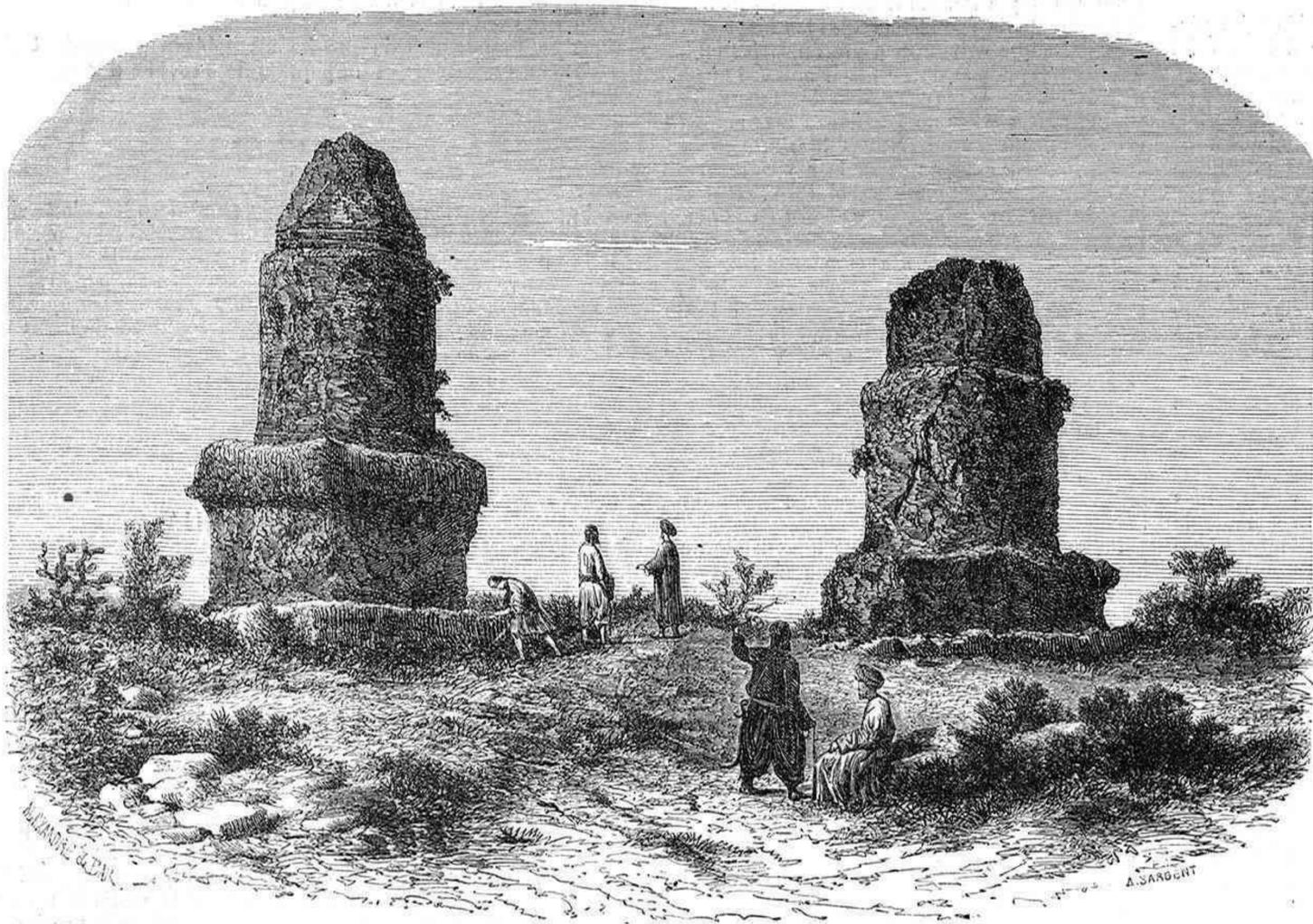
¡Oh, quien no ama de todo corazon á los niños, quien no admira sus encantos, quien no se embelesa con sus inocentes pero interesantes juegos, es porque no tiene corazon, porque no siente, porque no ha visto, sin duda como nosotros, á Matildina echada sobre una hermosa piel de tigre, sirviéndole de almohada la blaquísima y agradecida Zorina, durmiendo ambas, aquella con el sueño de los ángeles, ésta con el sueño de la satisfaccion!

¡Dichosa edad la de la pureza y la inocencia, dichosa edad la de la infancia! ¡Nada le inquieta, ni el recuerdo de lo pasado, ni las negras sombras del porvenir! Para la niñez solo hay presente, pero un presente tan dulce, tan alegre, tan fugaz, como los inocentes pensamientos que cruzan por su purísima imaginacion! Siente lo que siente, pide lo que desea, se olvida de lo que por un momento cautivaba toda su atencion, no sabe fingir. ¡Oh, qué admirablemente retrataba Jesucristo lo que son los niños, cuando los bendecía, cuando los alababa, cuando decía que se le acercasen, cuando repetía que el que no estaba con ellos no estaba con El, cuando añadía que eran semejantes al reino de los cielos!

Pero volvamos á Matildina. Dios por su infinita bondad, al concederle las gracias del cuerpo, se habia servido tambien enriquecerla con las del alma. Poseía Matildina un hermoso corazon, estaba adornada de bellísimos sentimientos, daba su pan, sus bizcochos y hasta sus mejores juguetes á las pobrecitas que llegaban á su puerta pidiendo una limosna; era tan obediente, tan modesta, tan humilde, tan atenta, tan limpia y cuidadosa, y profesaba, sobre todo, un cariño, un amor y un respeto tan grande á sus papás, que estos enloquecian con ella, la cubrían á cada instante de dulcísimos besos, la tendían de continuo sus brazos, la amaban tanto, tanto, cuanto los papás pueden amar á una buena hija.

La mamá de Matildina, que poseía una instruccion nada comun, la enseñaba todos los dias muchas cosas útiles, le narraba cuentos morales, la explicaba elocuentemente los deberes de las niñas, y ella, que era una buena hija, lo escuchaba todo con religiosa atencion y lo practicaba á la vez de tal modo, que se la veía crecer en saber y en virtudes.

Continuamente oía Matildina decir á su mamá: «¡Es tan bueno que las niñas sirvan á Dios que las ha criado, que las alimenta, que las prodiga generosamente todas las cosas! ¡Es tan satisfactorio, hija mia; causa tanto placer servir á Dios, criador del mundo, á Dios que ha tapizado el cielo de estrellas, á Dios que ha es-



SIRIA.—MONUMENTOS FENICIOS DE TORTOSA.

maltado el campo de flores, á Dios, en fin, que es el autor de todas las maravillas, quiere Dios tanto á las niñas que son buenas, que son aseadas y cuidadosas, y que no hablan nunca cosas malas! ¡Quiere Dios tanto á las niñas aplicadas, y á las que le alaban con sinceras oraciones; le gusta y agrada tanto que las niñas honren á sus padres con sus virtudes; se complace tanto con que las niñas le pidan por la salud de los que les han dado el ser! ¡Protege tanto á las niñas que se ocupan en buenas obras, que, despues de darles todo lo que necesitan, despues de enriquecerlas con virtudes, les tiene reservado el premio de su santa y rica gloria!»

Como Matildina era una niña buena, escuchaba con tanta atencion y con tanto gusto á su mamá; ponía en práctica sus consejos con tanto placer, que no podia menos de hacerla feliz; así que cada dia la amaba mas, y todos cuantos veian á Matildina exclamaban: «Mirad, mirad, á la buena hija.» Bien es verdad que la niña jamás abandonaba un momento á su mamá. Si la veía triste, perdía ella su alegría, la seguía á todas partes, la obedecía ciegamente, parecía un perrito fiel y agradecido, seguía, sí, siempre á su mamá, como siguen los corderitos del valle tras de sus queridas madres las ovejitas.

Causaba una indecible satisfaccion ver á Matildina con sus manecitas cruzadas rezar perfectamente con humildad, devocion y recogimiento, y aprender toda la doctrina cristiana; daba dulcísimo placer ver cómo sabia que á los padres se les honra siendo las hijas buenas; admiraba á todos ver que no daba guerra ninguna, que siempre estaba ocupada en aprender sus lecciones, en hacer sus labores, y despues en cuidar de sus muñecas, sin que jamás saliera de su boca de coral una palabra mala. ¡Oh, era muy buena, muy buena Matildina! ¡Con razon la llamaba todo el mundo la buena hija!

Como no podia menos de suceder, la mamá de Matildina estaba contentísima con su buena hija; así que un dia, para recompensarla, le compraba un precioso vestido de seda; otro, le traía un sombrero de blanca y finísima paja con unas cintas de raso hermosísimas; otro, le mandaba venir de París hermosas muñecas, juguetes muy raros; un dia la llevaba al paseo y al café á refrescar, otro al teatro á ver las comedias y los monos sabios; y recordamos tambien que el dia de su cumpleaños le compró una preciosa carretelilla y dos corderos blancos como la nieve para que tirasen de ella. Pero, ¿cómo no, si Matildina era una buena hija? La quería su mamá tanto como las tortolitas quieren á sus hermosos pichoncitos. Ya se ve, Matildina era el orgullo de su madre, una buena hija.

Sí, amaba tanto su mamá á Matildina que no podia vivir un momento sin tenerla á su lado; así que recordamos una ocasion en que la buena hija fue con una tia suya á Aranjuez para ver á su abuelita, y á los dos dias le escribía ya su mamá los siguientes versos.—A fuer de severos é imparciales cronistas, trasladamos á continuacion los versos, no porque en nuestro sentir les

deje de faltar mucho para merecer los honores de la publicacion, pero los insertamos solamente para probar el amor entrañable que aquella madre profesaba á su hija Matildina:

Dime tú, hija querida,
la de las gracias sin fin,
tú, el hechizo de tu madre,
tú, mi amado serafin,
dí si tienes un recuerdo
de quien todo es para tí.
Tú, la de los bellos ojos
y la sonrisa infantil,
tú, la dulce cual tus besos,
la llena de encantos mil,
dí si amas como amabas
á quien todo es para tí.
Dime, bella mariposa,
De oro orlada y de zafir,
dime ángel inocente,
hermosa aura de abril,
Dime, por Dios, si suspiras
cual yo suspiro por tí.
Tú el encanto de mi vida,
única ilusion aquí,
la graciosa y juguetona,
la del bello sonreir,
tú á quien adoro yo tanto,
dí si te acuerdas de mí.
Dí, Matilde idolatrada,
si no te vuelves aquí,
y si á alegrarme no vienes
con tu risa y tu decir,
dime al menos, pero pronto
que si te acuerdas de mí.

No hay para qué decir que Matildina así que leyó los versos tuvieron que volverla á los brazos de su querida mamá, que vivía feliz, muy feliz con su buena hija. Pero como Dios nos dá los bienes y los males para probarnos en la prosperidad y en la desgracia, acaeció que de allí á poco tiempo, la mamá de Matildina cogió un constipado muy fuerte que degeneró en una pulmonía fulminante con un intenso dolor de costado y una ardiente calentura; así que tuvo que guardar cama, y de tal modo se agravaba la enfermedad, y tan malita se iba poniendo, que todos los médicos aseguraban que se moriría. Como nuestra Matildina era tan buena, no se apartaba del lecho de su querida mamá; tenía un profundo sentimiento, pero ahogaba sus lágrimas y su llanto por no entristecerla. La abrazaba, la besaba, cuidaba de darle todas las medicinas; pero á pesar de tantos cuidados y de tan justa solicitud, la enferma se agravaba cada dia mas, y de tal manera, que daba ya pocas esperanzas de vida.

Matildina tenía, sin embargo, una ciega confianza en Dios, pues recordaba siempre haber oído á su mamá que, en todos los peligros, trabajos y aflicciones de esta

vida, se debía acudir al Todopoderoso con entera fe. Se postró, en efecto, de rodillas delante de una imagen de Nuestro Señor Jesucristo, y levantando sus manecitas hacía ella, con el fervor de la inocencia, con la fe de su edad, con el corazón de un ángel y anegada en un mar de hermosísimas lágrimas dijo: «Dios mio, Dios mio, vos que sois tan bueno, vos que sois infinitamente misericordioso, vos que quereis tanto á los niños, y que tanto caso haceis de lo que os piden, conceded la salud á mi querida mamá, mirad que voy á quedarme sola, solita en el mundo; que no podré vivir sin sus caricias, ser buena sin su ejemplo, sin sus cuidados y sin sus consejos. ¡Dios mio, Dios mio, amparad á esta pobre niña, quitadle la enfermedad á mi mamá; que padezca yo y no ella; que muera yo que nada valgo, que viva ella que tanto vale! Hacedlo así, Dios mio, por vuestra Madre Santísima, y en cambio, yo procuraré ser buena, daré la mitad de mi comida á los pobrecitos, les daré mis vestidos, venderé mis juguetes y con su importe compraré tela para hacer camisas á las niñas que por ser huerfanitas no tienen quien se las haga...»

Matildina vió en aquel momento sonreir la Imagen del Salvador, enjugó su llanto, se levantó llena de confianza y voló al lecho de su mamá, teniendo el indecible placer de encontrarla algo aliviada. Volvió á dar gracias á Dios que habia escuchado su ferviente plegaria, experimentando á los pocos dias la dulcísima satisfaccion

de ver á su mamá completamente buena y restablecida, y que podia cuidar ya de su querida hija como antes.

Dios, Dios, os ha puesto buena, decía Matildina, abrazando tiernamente á su mamá, Dios, Dios, que ha oído mis ruegos. Contó despues todo lo que habia ofrecido delante de la imagen del Redentor, y su mamá llorando de alegría la bendijo y cumplió todo cuanto habia prometido su buena hija.

Matildina siguió siendo desde entonces el paño de lágrimas de todas las niñas pobres de su barrio, que la bendecian como á su ángel tutelar. Tomad, tomad, les decía, lo mereceis; sed buenas y rogado á Dios por la salud de mi querida mamá.

Desde aquel dia Matildina parecía, y era, en efecto, mas hermosa, como que todo el mundo la llamaba la buena hija.

No es posible describir lo ufana, lo contenta, lo satisfecha que su mamá estaba con las bellas prendas y ricas virtudes que tanto distinguían á Matildina. Cuando ésta iba á la iglesia, cuando salía al paseo, siempre que las gentes veían á Matildina exclamaban: «Mirad, mirad, esa es Matildina; esa es la buena hija.»

¡Oh, y qué hermoso es que las niñas honren á sus padres siendo buenas! La honra de los padres es la honra de los hijos. Dios no solo les concede aquí bienes terrenales, sino que allí, en su gloria, que es la gloria de los ángeles, de los serafines, de las vírgenes, de los santos, de los mártires y de los justos, en aquella gloria tiene reservado un lugar preferente para las buenas hijas.

JOSÉ P. CLEMENTE.



AVISO.

Los señores suscritores por trimestres, cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovar la suscripcion si no quieren experimentar retraso.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.